

En esta era de la cancelación, en este siglo que vuelve a parecer el de las identidades, cobran una gran importancia las novelas que interpelan. Porque uno no puede cancelarse a sí mismo. Puede tapiar las puertas de su biblioteca a todo el que piensa distinto, pero no puede levantar un muro a sus propios pensamientos. De ahí que sean tan necesarias las novelas que interpelan, que incomodan y que zarandean al lector hasta noquearlo.

Eso ocurre con “La tercera persona”, de Álvaro de la Rica, que nos zambulle en el delicado equilibrio de las relaciones personales. Muy pocos se atreven a hablar con alguien de esa “tercera persona” que, desde algún lugar, sostiene lo más importante de nuestra vida: el amor.

Háganse la pregunta, miren directamente a las entrañas del amor. ¿Cómo hemos llegado a él? ¿Qué papel han jugado esas tercera personas que, a priori, sólo forman parte del pasado? Si lo dijéramos banalmente, con un lenguaje Tinder: ¿qué papel juega los ex? ¿Y las parejas que no fueron? ¿Y los amores que soñamos? ¿Y aquellas personas con las que queremos volver a cruzarnos?

De la Rica, con un realismo muy crudo, incómodo, levanta ese entramado de relaciones. Una pareja y una tercera persona. Una enfermedad. La muerte, la religión. Y luego, como en una obra de Shakespeare, todo lo que estos icebergs esconden: envidia, celos, ambición, poder, atracción...

Resulta imposible no encontrarse en el espejo. Tomando el título de Flaubert, puede decirse que esta novela conforma una “educación sentimental” precisamente porque no tiene ninguna voluntad de enseñar. Es una novela que muestra; y que muestra con fiereza. Con plenitud. Entonces el lector aprende.

El lector que ya haya vivido mucho se dirá: “Por fin veo que esto es lo normal”. El que esté a medio camino pensará: “Esto es justo lo que me está pasando o puede llegar a pasarme”. Y el que esté empezando a vivir... se dará cuenta de que la vida tiene tantos grises en la escala de colores como personas en la tierra.

De la Rica es un ensayista contrastado. Un experto en Kafka y en Julien Green. También un andarín que, en la estela de Azorín, recorre las montañas para luego escribir sensaciones y libros que se le aparecen. Hoy es un loco que se ha propuesto hilvanar la Historia de la Literatura desde el principio de los días hasta hoy.

Pero, en “La tercera persona”, De la Rica es un novelista sólido. Un escritor valiente al que se le intuye algo de catártico. Esta es una novela que, por fuerza, nace de la realidad. Así nacen las mejores novelas. Sus personajes son redondos. Están vivos. Traicionan y se traicionan con nitidez. “La tercera

persona” es, al fin y al cabo, un tratado de las relaciones personales. Y un verdadero adulto lo es cuando se da cuenta de que, a ratos, se convierte en los villanos que él vio cuando era niño.

Daniel Ramírez García-Mina (1-8-2022).